



**Jesús Ruiz Ureña, 86 años.**  
**Guillem Ruisánchez, 26 años.**

## Perdices a la carrera

Dicen los que han conocido el atletismo, que una Maratón es la prueba más dura a la que el hombre se puede enfrentar. Que las piernas flaquean, que los dolores se multiplican, que cuesta respirar. Pues bien, a sus 86 años, Jesús no recuerda dolor en ninguna de las tres que disputó. Haber corrido es lo mejor que le ha pasado. Lo que le duele es la historia de su vida.

En los primeros años 40 de una España en ruinas por la lucha fratricida, Bernardo, cabeza de una humilde familia de campesinos, acudió con su hijo Jesús a trabajar. Habían quedado con Alejandro, un terrateniente de Almagro que había tenido que huir del pueblo años atrás, al estar en zona republicana cuando se produjo el golpe de estado del 18 de julio de 1936. La Guerra Civil había estallado y no le quedó otra que la de desaparecer. Estaba acusado de avasallar y maltratar a los trabajadores. Pero las cosas, por suerte para él y pocos más, habían cambiado ya. Tanto que, frente a él, dos hombres se presentaban para sacarle la basura del cortijo a cambio de algo de dinero. Don Alejandro saludó a Bernardo y a continuación se dirigió a su hijo.

- Jesús, ¿Has estado en la guerra?
- Si. Contestó aquel chaval de Almagro, que apenas había superado los 20 años de edad.
- ¿Voluntario?
- No. Por mi quinta.
- Ah. Menos mal. Si no ya tenías la cárcel en lo alto.

## La Guerra

Jesús no mentía. El estallido bélico le había cogido con 16 años, pero en cuanto tuvo 17 fue reclutado para pasar la instrucción. Se ponía a las órdenes del gobierno legítimo, el de la República. Le tocó en zona roja, pero si por un capricho la historia se repitiera, no dudaría en ponerse del mismo bando. Aterrizó en la 88 brigada mixta, tercer batallón, tercera compañía y tuvo que pasar 14 meses cruzando tiros en la fuerza de choque del frente del Guadalquivir.

La guerra fue muy cruel a pesar de que en ocasiones, como cuando cambiaban su papel por el tabaco de los nacionales, pudiera parecer un chiste de Gila. Jesús aun tiene presente la contienda. Un día, tras el combate, les tocó custodiar a un chacho extremeño que había sido detenido. "Era buen chico. Hay que decirlo". Recuerda que el prisionero repartió su ración de tabaco entre sus captores y que por la noche se escapó. Intentaba volver con los suyos. A la mañana siguiente estuvieron buscándole durante dos horas y por desgracia para el chacho, encontraron su escondite. Una cueva que ni Jesús ni sus compañeros conocían hasta entonces. El nacional había firmado su sentencia de muerte pero hacía falta voluntarios para darle el tiro de gracia. Jesús se marchó con compañeros de Almagro a cazar perdices a la carrera. Como a él le gustaba. "Cuando las perdices son aun muy jóvenes, no saben volar, van dando saltos y se fatigan". Aquella apuesta de ocio sin armas no impidió que oyeran dos o tres tiros. Los que acabaron con la vida del chacho. "Nosotros no quisimos saber nada. Es lamentable"



La guerra la ganó Franco y Jesús se fue a Madrid con su amigo Sacramento. Estuvo trabajando en la siega algo más de un mes, pero volvió al pueblo. Por aquel entonces ya tonteaba con una chica de Almagro, Vicenta. "Si me hubiera quedado en Madrid habría ganado dinero y categoría". Pero la novia tiraba. "Cosas de juventud". Durante algún tiempo trabajó el basalto de sol a sol, en una cantera que se dedicaba a la fabricación de adoquines y bordillos. La tarea no era nada fácil. El basalto es una piedra durísima, que proviene de lo más profundo de la tierra y hay que saber muy bien como cortarla para que no se haga añicos. "Aquello era una explotación". Y luego vuelta al pueblo, a unos seis kilómetros de distancia. Por eso se empeñó para pagar a plazos una bicicleta BH que le costó 1000 pesetas "de las de entonces". Jesús no sabía que allí empezaba su historia de corredor de fondo.

## Desafecto

Los vencedores de la guerra no perdonaron a los vencidos. Los falangistas quisieron convencer a Jesús para que terminara su relación con Vicenta, porque sus hermanos eran unos rojos – habían destacado como miembros de la CNT -. Jesús hizo caso omiso a tan despreciable advertencia, pero no pudo evitar la tragedia. Un día un grupo de fascistas se llevaron a los dos hermanos y los asesinaron con total impunidad. "Mi mujer todavía tiene miedo".

Jesús fue enviado a un batallón disciplinario por "Desafecto al régimen". De Miranda de Ebro a Oviedo y de ahí a Gijón y a Valladolid. Unos 40 meses en los que Jesús intercambiaba cartas y fotos con su amada, siempre y cuando el cabo de varas de turno no lo impidiera a golpes. Ansiaba volver a Almagro. Temía que los falangistas pudieran volver a pedirle que dejara a Vicenta, pero lamentablemente, los dos habían cumplido sus respectivas penas.

Hacia ya unos años que el matrimonio vivía en Madrid. Jesús había aprendido el oficio de albañil construyendo un cuartel en Oviedo durante su estancia en el batallón disciplinario y eso le sirvió para ir tirando de su mujer y sus 5 hijos. Vivían en una chabola de 80 metros cuadrados que él mismo había construido en una zona rural de Vallecas. Otro compañero fue el único ayudante que tuvo para levantar su propia casa en una sola noche, de forma clandestina. Pero la gran ciudad creció y fueron desalojados a una vivienda que les proporcionó el Ministerio, muy cerca de donde hoy vive.

Corría el año 56. Miguel, el más pequeño de sus hijos, aprovechaba siempre el momento en que su padre se iba a trabajar, para cambiar la cama de su hermana por el calor que dejaba Jesús junto a su madre. Vicenta esperaba a que el pequeño se quedara de nuevo dormido para levantarse y comenzar las tareas del hogar. Cuando ya solo quedaban madre e hijo en casa, Miguel se levantó y alcanzó inocentemente el mechero de martillo que Jesús se había olvidado aquel día sobre la mesa. Vicenta salió de la cocina alertada por un desconocido olor a humo. No había oído ruidos, ni un llanto, nada. Al llegar a la puerta de su habitación vio a su hijo envuelto en llamas. Murió a los 10 días. Jesús dejó de fumar.

## La Cárcel

Hacia ya años que Jesús había aceptado una oferta de trabajo en Valencia cuando una partida de dominó entre amigos, le llevó adonde ni siquiera le había llevado su militancia antifranquista. La disputa le hizo perder los papeles. Cree que llevaba razón en la discusión, pero reconoce que no había motivo para asestar una puñalada en el vientre a otra persona. Pura tozudez. Su contrincante en la pelea estuvo 8 días en el hospital. Jesús fue condenado a prisión. Nueve eternos meses de pena, reducida por



buen comportamiento, que fueron más que suficientes para conocer la cárcel. Primero la de Valencia, más tarde la vieja prisión de Carabanchel y por último la de Valdemoro. Sólo su esposa le fue fiel en tan difícil trago.

La cárcel de Valdemoro tenía un patio, de unos 40 por 60 metros, donde los reclusos jugaban al fútbol. También había gente que corría alrededor y a Jesús le gustaba más el Atletismo. El Levante también había conseguido que empezara a disfrutar corriendo. Un día un recluso se puso a su altura en plena carrera. "Al poco tiempo lo dejé tirado con la lengua fuera". Jesús tenía confianza en sí mismo. Corría por espacio de 2 o 3 horas todos los días, lento pero seguro, a un ritmo constante, a ritmo de maratón

## Meliana

No paraba de correr. La vida pasaba y una merecida jubilación se iba acercando al arrancar los años 80. Un día un grupo de atletas le invitaron a unirse a ellos y lo hizo. Eran más jóvenes, más fuertes y hacían más distancia que la que Jesús acostumbraba. Pura tozudez, aguantó entre la admiración de sus compañeros. Luego vendrían las agujetas. Nada grave.

En 1982 Jesús pertenecía ya al Club de Atletismo de Meliana, una localidad de la periferia de Valencia. Lucía orgulloso su carné de atleta federado, con el que nadie le podría impedir competir "en ninguna carrera de España". La jubilación le sentó genial. Podía entrenar y correr más. Competía ¡Y cómo! Disputó casi un centenar de carreras. Tres maratones - de las de 42 kilómetros y 195 metros -. Medias maratones, carreras de diez, de ocho, o de cinco kilómetros.

Todavía guarda trofeos y recortes de prensa con su foto. Aunque sobre todo, puede decir que jamás ha abandonado. Ni siquiera en aquella maratón de Coslada, aquel día en que, a los pocos metros de empezar se apartó a una orilla de la calzada, entre dos coches aparcados, para intentar provocarse el vómito por lo mal que se encontraba. Una patrulla de abastecimiento que pasaba en aquel momento le ofreció ayuda. "Venga, déjelo". Sin contestar, Jesús volvió a la carrera.

## Lo importante de la vida

El 3 de Mayo cumplió 86 años. Pocos días antes se celebraba en Madrid la manifestación por La III República. Con un pañuelo republicano en el cuello repite su principio: "Ni izquierda ni derecha. Capital y trabajo". La manifestación moría en La Puerta del Sol. Está cansado y le molesta la misma pierna que forzó su retirada del atletismo hace dos años. No es una exageración decir que le duele más la retirada que la pierna.

Hoy se entretiene como encargado de la biblioteca del Centro para Mayores de Entrevías, pero no es lo mismo que el Atletismo. Empezó por la enfermedad de otro anciano, Juan, "un hombre de derechas". Llegaron a ser íntimos amigos "¡Que tiene que ver la amistad con la ideología!" Hace 4 años, con 81, Jesús no sabía escribir. Hoy se devora los periódicos todos los días y elabora artículos de opinión con un fino estilo periodístico. Aquel hombre de derechas con el que discutía de política le enseñó. Entre libros, revistas y periódicos Jesús aun recuerda a Juan. Gracias. La perdiz ya no corre, ahora escribe.



Y escribe bastante bien. Mucho sobre el capital y los capitalistas. En su vida ha sido muy perjudicado por esos intereses y más en concreto por la devaluación de los derechos de los suyos, los trabajadores. "Don dinero todo lo atropella". No es de extrañar que sueñe con conocer a Fidel Castro, que "aunque es un dictador, siempre ha mirado por los trabajadores". Recuerda aquella vez que le llamaron al orden por hablar de política en el trabajo, cuando formaba parte del equipo de albañiles que construía la línea de metro en el barrio madrileño de Argüelles. Le podían haber echado, le podían haber encarcelado incluso -cerca estuvo-, pero la intervención de sus propios compañeros, quitando peso al argumento del chivato, sirvió para que lo dejaran libre. Así vivía un rojo convencido en la España de Franco, tan al filo de la traición, que sólo podía hablar en su propio dormitorio.

La vida que ha vivido Jesús le ha enseñado a desconfiar de la gente, porque a buen seguro que alguna gente le ha hecho daño, otros lo han intentado, como el chivato de Argüelles. Es lógico que algunos miedos no desaparezcan del todo porque la represión fue brutal. Con Franco en el poder, algunos pisoteaban al prójimo, como aquel señor, el Vespa, que le pagó 4000 por una chapuza, cuando Jesús pedía 8000 pesetas. "Tuvimos nuestros más y nuestros menos". En el Cuartel de la Guardia Civil le bajaron los humos. Aquel que le debía 4000 era un intocable.

Pero si algo le ha sobrado siempre a Jesús ha sido coraje. En una especie de legado autobiográfico, tecleando la máquina eléctrica del Centro para Mayores, ha conseguido recuperar su memoria en seis páginas. Con 40 años exploró el deporte, con el doble de edad, la pluma. Para Jesús, más que para nadie, nunca ha sido tarde cuando la dicha era buena.